

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Es cosa que daría qué hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepción figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designación del craneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepción picaresca es de uso moderno. La especie, sin embargo, de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* más perfecto de Atenas; el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar no hizo en eso más que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto; César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el día por un ex-

celente *calavera*; Marco Antonio, echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podía ser más que un *calavera*; en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se vería probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarían una clave de muy verosímil y sencilla explicación en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relación puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se

refera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mi rehusó esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defendiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme á entender valiéndome, para designarlos, de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripción que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más ó ménos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algun día por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no

se casa, en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* á aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas, empero, un tipo comun de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su sér, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su sér lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más; entiéndase esto bien; *talento natural*, es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de extensa instrucción, sería lastre demasiado pesado que se opondria á esa ligereza, que es una de sus más amables cualidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que conside-

ra *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinión, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y adios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamas. Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quitame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo hu-

mano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, más le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se pereece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí* en *qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladrón en su condicion generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilizacion, y su cuna, su edad, su educacion, su profesion, su dinero le subdividen despues en diversas castas. Las principales son las siguientes.

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo más diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele

de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el día del exámen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que había recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servía de blanco ó de pelota, se distinguía de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En carnaval era el que ponía las mazas á todo el mundo, y áun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacía pasar á otro por el culpable, ó sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el germen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro había perdido unos anteojos, que se habían encontrado en su faltriquera: el

rapé de otro había pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrían bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas había quedado un día enganchada en un sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbacion de un problema que estaba por resolver. Aquel día no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro había volado; y como sus padres se convencieron de que no había forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el más pesado, el más incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atencion, privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro, sacar el reloj como si tuviera que hacer: contar todas sus acciones del día como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenía una cita: á las diez se vino á encargár el

billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mujeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia, no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El billar es su elemento; los intervalos que le diga libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino. A veces el *calavera-lampião* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de véras, mejor; entónces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar, es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que alguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entónces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-*

lampião. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temeron*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendría: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto, nuestros lectores nos concederán algun ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad si alguna tienen.

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSION.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron*. Éste se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras

se dan por influjo), entónces es paisano: pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece; el uniforme ya es la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temeron* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cerbatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detras de dos ó tres amigos, que fingén discurrir seriamente.

—Aquél viejo que viene allí: ¡mírale que serio viene!—Si; al de la casaca verde, ¡va bueno! Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no mireis. Efectivamente, el sombrero del buen

hombre produjo un sonido seco; el acometido se pára, se quita el sombrero, lo examina.

—¡Ahora! dice la turba.— ¡Pum! otra en la calva. El viejo da un salto y echa una mano á la calva; mira á todas partes..... nada.

—¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algun pillastre..... bien podría irse á divertir....

—¡Pobre señor! dice entónces el *calavera*, acercándosele; ¿le han dado á usted? es una desvergüenza..... ¿pero le han hecho á usted mal?....

—No, señor, felizmente.

—¿Quiere usted algo?

—Tantas gracias.

Despues de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubria..... pero entónces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse. Suéltase entónces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera-temerón* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco expuesto.

A veces se dispara la cerbatana en guerrilla; entónces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confintero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él, y le da un pisotón; el otro entónces le dice: *perdone usted*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos.—Pepe, exclama: ¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres! Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un co-

nocido antiguo.... y tartamudea.... Fingiendo entónces la mayor sorpresa: ¡Ah! usted perdone, dice retirándose el *calavera*: creí que era usted un amigo mio....—No hay de qué.—Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla.—¿Quién es?—Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendría usted espulines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al traves de la rejilla, diciéndole:—Retírese usted; la noche está muy fresca; y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta.—¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcon medio desnudo.—Nada, contesta: soy yo, á quien no conoce, que no quería irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches.—¡Bribón! ¡insolente! si bajo....—A ver cómo baja usted: baje usted: usted perdería más: figúrese usted dónde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cria á su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *negligé*: sus hazañas son más serias; éste es aquél que se reúne en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero, como ella, no es de todos los años, tiene temporadas; y como en el día no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concorre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces y se escurre ántes de la llegada de la policía y despues de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover también su zipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se va para él, y le aplica un bofetón: de diez hombres que reciban bofetón, los nueve se

quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafío; la suerte decide entónces, porque el *calavera* es valiente: éste es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al día siguiente lo tendrá con otro que no le mire: éste es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar; éste es el que talla y apunta con furor; es jugador, griego nato, y gran billarista además. En una palabra, éste es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demás divierten; éste mata.

Dos líneas más allá de éste está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalón, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc., etc.; pero éstos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demás. No los reconocemos.

Sólo tres clases hemos conocido más detestables que ésta: la primera es común en el día; y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no harémos más que indicarla. Queremos hablar del

calavera cura. Vuelvo á pedir perdon; pero ¿quién no conoce en el dia algun sacerdote de esos que, queriendo pasar por hombres despreocupados y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustracion empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre alrededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más tímido de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresia ó el crimen más hediondos. Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrepito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin orden, sin casa, sin método.... el jóven, al fin, tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa

en la sangre ardiente que corre por su venas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus piés: sin embargo, éste es el único á quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*. La mujer con poca aprension, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto le hermosea; cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza: ¿qué deja para nosotros? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*. Éste es aquél que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera*: es género bastardo, y pudiérasele llamar, por lo pesado y lo enfadoso, el *calavera-mosca*. Rien n'est beau que le vrai, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la critica de esa apócrifa casta.

Dejando, por fin, á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluirémos nuestro

cuadro con un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilización, el emblema del siglo XIX. Perpetuando á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introducción en ella, ha recibido una educación esmerada; dibuja con primor y toca un instrumento; filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la más graciosa ó á la más sentimental; más de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se ríe de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble antejo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pié: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua,

contesta en otra, cita en las tres: sabe casi de memoria á Paul de Kock, ha leído á Walter Scot, á D'Arincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-le-Brun, mienta á Ariosto y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, sólo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresión es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: *¡Qué cabeza! ¡Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: *¡Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas*, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarían con otro, se contentan con decirle á él: *¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loca todavía.

Dichoso aquél á quien llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremedera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el Cupido de las damas, *l'enfant gaté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuente, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos; mariposa ligera, vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulacion, y por consiguiente no se adhiere á una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podria hacer de ella? El estancarse seria perecer; se creeria falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con

agun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su *partirte*: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito conraído para con las demás. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres: por el contrario, las mujeres son las víctimas del *calavera*. Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de éste es la edad misma; una posicion social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entónces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girára.

Sólo una observacion general harémos ántes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que éstas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente, á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* de ge-

nio, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colon perece víctima del furor de su gente ántes de encontrar el Nuevo Mundo, y que Napoleón es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecía: la intentona de aquél y la insubordinación de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*. Por el contrario, en el día están sentados en el gran libro como dos *grandes hombres: dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres. sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. Y ¿por qué?... Porque tal es la *opinion pública*.

YO QUIERO SER CÓMICO.

Aché io son pittore.

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacára á luz pública cierta visita que no ha muchos dias tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplegidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones eligiria para un artículo que me correspondia ingerir aquel dia en la Revista. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocia toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un

hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demas. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pependencias por una sátira más ó ménos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogeria por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un jóven que me queria hablar indispensablemente.

Pasó adelante el jóven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos ó inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él, y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzosamente sumisa y cariñosa.

—¿Es usted el redactor llamado Fígaro?

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo á pedirle un favor..... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro..... Si usted me necesita.....

—Un favor de que depende mi vida acaso..... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto..... siendo el favor de tanto interes para usted.....

—Yo soy un jóven.....

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro.....

—¿Al teatro?

—Sí, señor..... como el teatro está cerrado ahora.....

—Es la mejor ocasion.

—Como estamos en Cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomendase.....

—¡Bravo empeño!—¿A quién?

—Al ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted..... segun algunos, esto no se sabe..... pero..... para quando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene.....

— Sin embargo, como yo quiero ser cómico.....

— Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

— ¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

— No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor.....

— Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pié en una corporacion.

— Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

— Lo que usted ve..... para hablar, las gentes me entienden.....

— Pero la gramática, y la propiedad, y...

— No, señor, no.

— Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras.....

— Perdone usted.....

— Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

— Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco..... mire usted.....

— No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectacion todas las letras de una palabra, y decir unas veces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

— Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

— Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

— No, señor; no sé lo que es.

— Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos.....

— Nada, nada, no, señor.

— Perfectamente.

— Le diré á usted..... en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.

— Esto es: aunque sea griego el asunto.

— Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; segun..... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacon y media en los padres.

— ¡Ah! ¡ah! Muy bien.

— Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, segun el

sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así.....

— ¡Bravo!

— Porque ellos suelen saberlo.

— ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

— Mire usted: el papel lo dirá, y luégo como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno..... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros.....

— ¡Ah! ya..... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no.....

— No es gran cosa; pero eso no es esencial.

— ¿Y de educación, de modales y usos de sociedad, á qué altura se halla usted?

— Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazan, y me quiero meter cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer.....

— Y tiene usted razón.

— Todo lo hace el apunte, y..... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

— Escasamente.

— ¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

— Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros y mandaré con mucho imperio.....

— Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos.....

— Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

— Ya me hago cargo.

— Por ejemplo; si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi baston de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas.....

— No se puede hacer más.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.....

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos..... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatas, carreritas de piés y lengua, vueltas rápidas y habla ligera..... Si hago un barba, andaré á compas, como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos como perlático ó desconyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrepito, y apoyaré mucho la voz con intencion marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

— ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

— ¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aún para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

— ¿Y los graciosos?

— Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequin.....

— Usted hará furor.

— ¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intencion ó lucimiento que en mi parte se presenten.

— ¿Y memoria?

— No es cosa la que tengo; y aún esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

— Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relacion del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

— Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relacion se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

— Ya sé ¡ya!

— Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni ménos lo nota. Así es que

no hay nada más comun que añadir.....

— ¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

— ¡Vaya! en comedias caseras. He alborotado con el García y el Delincuente Honrado.

— No más, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrás usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

— ¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

— ¿Sabrás usted quejarse amargamente, y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresaliente? ¿sabrás usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

— Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los dias. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la

andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comian los hombres bellotas y pacian á su libertad por los bosques, sin la distincion del tuyo y del mio. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

FIN.

INDICE.

Páginas.

Cartas á Andres Niporesas por el bachiller D. Juan Perez Munquia.	5
Cartas de Andres Niporesas al Bachiller	33
Empéos y desempeños.	53
El casarse pronto y mal.	67
El castellano viejo.	80
Vuelva V. mañana.	98
El mundo todo es máscaras; todo el año es carnaval.	115
La polémica literaria.	135
¿Entre qué gentes estamos?	145
Los calaveras.	156
Yo quiero ser cómico.	179

